

siempre cubriera á Constantinopla, y por siempre se indispusiera con Rusia. Tal proceder fuera dictatorial á todas, luees, mas puesto que algo mas tarde se habian de donar estas provincias á Rusia, mejor valia de seguro gratificar al presente con ellas al Austria. Muy mal le pareciera á Rusia, pero este fuera su castigo por la actual guerra. De los turcos, incapaces de comprender el bien que asi se les producía, no se hiciera caso, y Austria que aspiraba á una indemnizacion en cualquier parte, hasta el extremo de pedirnos el Hanover para los principos desposeidos, el Hanover, patrimonio de su amiga la Inglaterra, de cierto admitiera las provincias danubianas.

Lejos de pensar Napoleon en resarcirla, solo pensaba en despojarla, en estancarla, en hacerla víctima de las circunstancias y mucho mas aún de lo exigido por ellas. De consiguiente sin compensacion y ademas de los Estados venecianos le quitó la Iliria, el Tirol, el Vorarlberg y los restos de la Suabia. Generalmente se castiga con el fin de precaver la reincidencia, ahora por el contrario se agujoneaba al Austria para que reincidiera á la primera coyuntura. Respecto de Prusia no manifestó Napoleon otra inclinacion que la de mofarse de ella. Y bien tenia por qué sin duda! Mr. de Haugwitz, llegando á Viena en nombre de su monarca, á quien el czar acababa de arrastrar á la guerra, valiéndose de una nobleza atolondrada y de una reina hermosa é imprudente, Mr. de Haugwitz, llegando la víspera de Austerlitz para dictar la ley, y recibíendola de rodillas al día siguiente, presentaba un espectáculo cómico, segun los ofrece en ocasiones el mundo. Mas si es lícito reirse de

las cosas humanas, risibles á la verdad con frecuencia, es cuando se las mira, y de ningún modo cuando se las dirige. Napoleon tuvo todos los caprichos de la prepotencia; haciendo cuanto venia bien á su antojo, aun queria burlarse. Esto era mucho, y cien veces demasiado!

Al pedirle Austria el Hanover para sus principos, le sugirió la idea, á su vez donosa, de hacer que los aliados de Inglaterra aceptaran los despojos de la misma; solo que, en vez de dar el Hanover al Austria, se lo regaló á Prusia. De resultas podia quedar satisfecha la geografia, pero se necesitaba que la política lo quedase de igual manera. Lejos de mofarse de Prusia, debiera compadecer su falsa posicion; por el contrario. Siempre habia deseado con afan el Hanover, pero por culpa de la corte se acababa de asociar á las pasiones europeas contra Francia, y forzarla á que aceptara el Hanover en tal ocasion, equivalia á poner en lucha dentro de su corazon hondamente alterado, el honor y la codicia, y á colocarla en una situacion cruel de resultas. Sin duda es algo y aun mucho satisfacer el interés de los hombres, mas no es nada si se les humilla, pues áfortunadamente existe en el corazon humano tanto orgullo como codicia. Enriquecer á Prusia y cubrirla de oprobio, no era crear una amiga, sino una ingrata, y que mostraria mas ingratitud cuanto mas quisiera volver por su decoro. Napoleon ofreció el Hanover á Prusia con la espada al cuello. El Hanover en la guerra, pareció decir á Mr. de Haugwitz, quien sin vacilar prefirió el Hanover. No se detuvo Napoleon en esto, sino que le hizo pagar el donativo, ya tan amargo, con el sacrificio del marquesado

de Anspach y del ducado de Berg, de modo que disminuía el regalo sin disminuir la vergüenza. Esto además era una imprudencia muy grave, pues equivalía á hacer la guerra interminable con Inglaterra. Efectivamente, era imposible que el anciano Jorge III consintiera jamás en ceder el patrimonio de su familia, y á la sazón tenían los reyes ingleses en la república monárquica de Inglaterra una influencia de que ya no gozan ahora. Así Mr. de Haugwitz, tras de marchar de Postdam á Schœnbrunn con grande aplauso de la corte para imponer la ley á Francia, se hubo de tornar á Berlín despues de recibirla y llevándose el mejor despojo de la Gran Bretaña. ¿Cuánta no sería la agitación de un rey honrado, de una nación orgullosa y de una corte vana y apasionada!

Por consiguiente, en vez de sacar Napoleon de su incomparable victoria de Austerlitz la paz continental y la paz marítima, doble paz que le era fácil asegurarse desanimando ó desinteresando á los aliados de Inglaterra, desconsoló á los unos, humilló á los otros, y dejó á todos una guerra desesperada por único recurso. Hasta creó un obstáculo invencible á la paz con el donativo de Hanover á Prusia.

Toda la culpa estribaba en los ajustes de 1806 de Viena; pero no se limitó Napoleon á estas faltas ya tan graves. De vuelta en París le asaltó la mente una embriaguez de ambición desconocida en los tiempos modernos. Desde entonces pensó en un imperio vasto, apoyado sobre reinos que estuvieran bajo su vasallaje, que dominara á Europa, y se llamara con el nombre, consagrado por los romanos y por Carlo Magno, de IMPERIO DE OCCIDENTE.

TE. Ya Napoleon habia preparado dos reinos vasallos en la república Cisalpina, trasformada en reino de Italia, y en el Estado de Nápoles conferido á su hermano José despues de arrebatárselo á los Borbones. A ellos agregó la Holanda, convertida de república en monarquía y adjudicada á Luis Bonaparte. No bastaba con esto. Para ser completo el imperio de Occidente debia abarcar la Alemania. Allí se habia creado Napoleon á los principes de Baviera, de Wurtemberg, de Baden, por aliados. Los abandonó los despojos de Austria, de Prusia, de los principes eclesiásticos no secularizados, les entregó la nobleza inmediata, les hizo reyes, y para sus hermanos, sus hijos adoptivos y sus lugartenientes les pidió princesas que le entregaron anhelosos. Alemania, aun no repuesta de los trastornos originados por el sistema de las secularizaciones, y en la cual existia una porcion de cuestiones pendientes, cayó en un estado de desórden extraordinario. Los principes soberanos, todavía electores ó ascendidos á reyes saqueaban los bienes de la nobleza y de la Iglesia, no satisfacian las pensiones de los principes eclesiásticos desposeídos, y en su desesperacion invocaban los oprimidos todos no al Austria vencida ó á la Prusia caída en ridiculo, sino al soberano único de las existencias; esto es, á Napoleon. De este recurso universal á su persona provino la idea de una nueva Confederación germánica bajo el título de Confederación del Rhin, y bajo el protectorado de Napoleon. Se compuso de Baviera, de Wurtemberg, de Baden, de Nassau, y de todos los principes del Mediodía de Alemania. Así el emperador de Occidente, mediador de Suiza, protector de la Confederación del Rhin, señor

feudal de Nápoles, de Italia, de Holanda, ya no tenía mas que agregar la España á estos reinos vastos, de cuya manera sería mas poderoso que Carlo Magno. Véase hasta donde habia subido en el vasto cerebro de Napoleon el humo de la soberbia.

No pudiendo conservar Francisco II ante dislocacion de tal especie el título de emperador de Alemania, lo abdicó para llamarse á secas emperador de Austria. Despues de todas sus pérdidas de territorio no podia sufrir humillacion mas degradante. Expulsada tambien Prusia de la antigua Confederacion germánica, le quedaba el solo recurso de juntar en su derredor á los príncipes alemanes del Norte, y de hacerse así jefe de una Alemania reducida á la tercera parte. Licencia solicitó para obrar de este modo, y friamente le fué otorgada con la secreta idea de desalentar á los que tuvieran designio de confederarse con ella. De este modo se acumulaban agravios sobre agravios, así para Austria, á la cual fuera conveniente castigar mas sin arrastrarla á la desesperacion, como para Prusia, á la cual conviniera captarse á fuerza de servir sus intereses y de guardar miramientos á su honra. Finalmente, era la política mas ilusoria la de ingerirse en los asuntos germánicos hasta tal extremo. Con efecto, en el curso de la edad media, no pudiendo Alemania llegar á la unidad, se detuvo en el estado federativo. Sin renunciar á su independencia los estados que la componen ni por asomo, se confederaron para defenderse contra sus poderosos vecinos, y naturalmente contra el mas poderoso de todos, contra Francia. A esto respondió Francia con una política no menos natural y legitima á su modo. Aprovechando las rivalidades

alemanas, apoyó á los pequeños príncipes contra los grandes, y á Prusia contra Austria. Pero saltar de esta política tradicional y legitima hasta el extremo de erigir una Confederacion germánica que no sería germánica sino francesa, que nos cargaria con todos los asuntos alemanes, nos expon-dria á todos sus odios, nos daria aliados de un dia, prontos á sernos traidores al siguiente, era la locura de la ambicion y no otra cosa. En todo pais que tiene una política tradicional existe un fin señalado por ella, y hácia el cual se marcha mas ó menos de prisa, segun los tiempos. Dar en cada época un paso hácia este fin es seguir el curso natural de las cosas: dar mas de uno peca de imprudente: quererlos dar todos á la vez es condenarse de fijo á no lograr el fin de resultas de traspasarlo. Por el acta de la dieta de 1803, aproximóse Napoleon cuanto era posible al fin tradicional de nuestra política en Alemania. Por la Confederacion del Rin fué mucho mas allá desastrosamente. De este modo en el derecho internacional vino á ser lo que en el derecho social los jacobinos. Ellos quisieron rehacer la sociedad, él queria rehacer la Europa: ellos emplearon la guillotina, él hizo uso del cañon. Sin duda el medio era menos odioso, á la par que lo rodeaba el prestigio de la gloria, pero no era mas sensato.

Tales eran los frutos de la gran victoria de Austerlitz; mas siempre la victoria existia insignificante y aniquiladora á pesar de sus errores. Paz anhelaban Rusia profundamente abatida, é Inglaterra espantada de su aislamiento, y nada mas fácil que celebrarla con ambos países. Napoleon desperdió la coyuntura, y así puso colmo á sus faltas.

A París habia enviado el czar á Mr. de Oubril con motivo de las bocas del Cattaro, entregadas perfidamente por los austríacos á los rusos, cuando debían ser para nosotros. De resultas de tratar Prusia y Austria directamente sus asuntos con Francia, el czar renunciaba á mezclarse en lo relativo á estas potencias. Pero se contaban dos familias soberanas, de las cuales se habia constituido Rusia en patrona, y eran la de Saboya y la de los Borbones de Nápoles. Rusia queria la Cerdeña para la una, y la Sicilia para la otra. Bajo esta condicion se manifestaba propicia á sancionar cuando Napoleón habia hecho. Inglaterra habia pasado de manos de Mr. Pitt á manos de Mr. Fox. Para celebrar la paz marítima no se podia presentar más favorable coyuntura. Mr. Fox habia acreditado en París á los lores Yarmouth y Lauderdale. Inglaterra queria conservar para si la isla de Malta y el Cabo, y mediante esta concesion nos dejaba trastornar la Europa tal como la tenemos trastornada, solo que tambien hubiera deseado que se otorgara la Sicilia á los Borbones de Nápoles y la Cerdeña á la casa de Saboya. Así el continente de la Italia pertenecería á los Bonapartes, á quienes proporcionara patrimonios, y las dos grandes islas Italianas, la Sicilia y la Cerdeña, servirían de compensación á las antiguas familias desposeídas. A este precio el grande imperio de Occidente, tal como se hallaba constituido, se aceptara por Rusia y con especialidad por Inglaterra. Ocasión era, pues, de tratar sobre tales bases, pero impidieron este resultado prodigioso el orgullo y algo de falta de habilidad, á pesar de ser raro que Napoleón pecara por esta parte.

Napoleon no queria tratar mas que separadamente con Prusia y con Inglaterra, para imponerlas la ley mas á su gusto. Por deseo de lograr la paz se prestaron á esta exigencia en cierto modo. Mr. de Oubril negoció por un lado y los lores Yarmouth y Lauderdale por otro, si bien entendiéndose secretamente. Asustando Napoleon á monsieur de Oubril le arrancó la firma de un tratado separado, que, en vez de la Sicilia, adjudicaba á los Borbones de Nápoles las Baleares, que por cambio se proponia obtener de España. De resultas de la firma de este tratado se alarmó Inglaterra, y ahora ó nunca era la ocasion de acabar con ella, mientras le durase el espanto de su aislamiento. Napoleon creyó habil aguardar las ratificaciones rusas, no sin lisonjearse de hacer seguidamente de Inglaterra lo que fuera de su antojo. Pero entretanto pasó Fox de esta vida; Inglaterra obtuvo que no fueran expedidas las ratificaciones rusas, y quedóse la paz en el aire. Licito es hilar muy delgado, si bien á condicion de obtener un feliz suceso, pues en otro caso, á los que se engañan se les califica de zorras cogidas en la trampa.

No obstante aun no era la paz imposible de una manera absoluta. Por entonces la fermentacion prusiana excitada por Napoleon se hallaba en todo su auge. Colocada Prusia entre el Hanover y su honor estaba horriblemente agitada, y allí se guardaba muy cruel rencor á quien la ponía en tal alternativa. Además la arrastraron á la desesperacion dos noticias llegadas allí una tras otra. Por una parte creyó descubrir que Francia disuadia secretamente á los principes alemaes del Norte de confederarse con ella, lo cual era verdad hasta cierto

punto, si bien el elector de Hesse exageró hasta la calumnia; por otra supo que, por obtener la paz marítima, se hallaba dispuesto Napoleón a restituir el Hanover á la casa real de Inglaterra; lo habiéndolo dado á entender sin decirlo, y efectivamente su intencion era dirigirse á Prusia, devolverle Anspach y Berg, y tomarla otra vez el Hanover, con la declaración franca de que este era el precio de la paz del mundo. Mas incurrió en el vicio de dilatar esta franca abertura. Prusia consideróse burlada, es carnecida, tratada como potencia de tercer orden, y pasó de la agitación á la furia. Napoleón dejó de decir y hacer á sus anchas; no creyó decoroso de rigirla explicaciones que hubieran podido ser perfectamente satisfactorias, y así como enseñaba la espada, la enseñó la suya. Mortificado estaba de oír hablar de continuo de los soldados de Federico el Grande, á los cuales no había vencido, y de aquí se siguió la guerra con Prusia. Naturalmente Inglaterra y Rusia fueron de la partida, y la paz general que Napoleón pudo obtener por mar y tierra juntamente con el reconocimiento de su título imperial y de su inmenso imperio, quedó aplazada hasta la consumación de nuevos prodigios.

El genio de Napoleón y el valor de su ejército se hallaban en su apogeo. A la vuelta de un mes no existían ya el ejército ni la monarquía de Prusia, y sus soldados á la vista del mar del Norte gritaron de voluntad propia *viva el emperador de Occidente!* (1) Su entusiasmo adivinó la ambición de su caudillo. Este experimentó una gran alegría,

(1) Sin duda recuerdan los lectores de esta historia que en la época de la capitulación de Prenzlau, pro-

aunque sin poner de manifiesto su secreta pasión por título tan hermoso. En la ayuda de los prusianos se habían adelantado los rusos. Napoleón corrió á ellos, repeliólos más allá del Vístula, y encontrando á su paso la Polonia, pensó en restaurarla, sin consultarse acerca de si cabe resucitar á los Estados mas fácilmente que á los individuos. Animado estaba contra los rusos y solo pensaba en causar les dos mayores desabrimientos y los mayores daños. En Czarnow, en Pillnisk dió muy sangrientas batallas, y en Eylau hizo la primera experiencia de aquel clima del Norte y de aquel ánimo desesperado de los pueblos, ante los cuales debia succumbir mas tarde, y durante un invierno pasado sobre nieve, operó prodigios de habilidad y de energía. Finalmente, llegada la primavera dió y ganó la batalla de Friedland, quizá la mas brillante de todos los siglos por la prontitud y por la profundidad de las combinaciones y por la magnitud de las consecuencias. Alejandro cayó á sus plantas al modo que ya habían caído Francisco II y Federico Guillermo, y se detuvo el gran conquistador de los tiempos modernos, por conocer que le faltaba tierra bajo los pies á tal distancia. Solo á las extremidades del continente, rodeado de Estados ya reducidos á la ruina, y experimentando no obstante la necesidad de apoyarse en un aliado cualquiera, ideó Napoleón apoyarse en su joven enemigo vencido. Con efecto, siempre imposible la alianza austriaca por entonces, lo vino á ser aún mas despues de los ri-

pieron los soldados de Lannes en este grito, á la vista del mar del Norte, y que Lannes lo escribió á Napoleón, quien no respondió nada.

gones que se siguieron á la jornada de Austerlitz, ya habia fracasado la alianza prusiana, y asi quedaba únicamente la alianza rusa. Versátil por falta de principios fijos y ante un príncipe veloz como de suyo, Napoleón pasó bruscamente de una política á otra, y se dejó tras sí á sus jóvenes emullos. A la sazón concibió la idea de dos grandes imperios, uno de Occidente, que sería el suyo, y otro de Oriente, que sería el de Alejandro, bajo la inteligencia de que el suyo dominaría al otro, y á que ambos se decidieran todo en el mundo. Con el czar tuvo una entrevista en la rada de Tilsit, y allí le dexó de su vida, como le debia haberlo, de embriagón, y de aquella célebre racha salió con la alianza rusa. Sin embargo, con el tiempo mucho se explicaron, y á que la alianza debía descansar sobre condescendencias mutuas, natural parecia de terminarla extensión de tales condescendencias. Napoleón estaba de prisá, Alejandro seducido, se abatazaron y se le prometieron todo, aunque sin explicarse acerca de nada. Alejandro dejó entrever el desigüo de apoderarse de la Finlandia, y es bisto que Napoleón no insistió á causa de tener mil razones para mirar de mal ojo á Suecia. Además Alejandro no pudo menos de seguir la línea de todo el arte de un joven en relaciones á Oriente. Napoleón saltó al instante nombre á Constantino, luego se contuvo y permitió á su aliado que echó todos los suenos que oírían de su antiguo. Sobre tales bases debió suspenderse un de los imperios. Firmose el tratado de Tilsit, Napoleón vino á Prusia á mitad de sus estados, y le presentó la otra mitad á ruego de Alejandro. Con parte de sus Estados prusianos y con algunos sabios se eligió á Alejandro como príncipe Napoleón el

gran duca de Varsovia, fantasma agitador para los polacos, alarmante para los que se habian repartido la Polonia, y donóselo al rey de Sajonia. Con el resto de dos despojos prusianos, y con el electorado de Hesse compuso Napoleón el reino de Westfalia, destinado á su hermano Gerónimo. Sajonia engrandecida con el gran ducado, y el nuevo reino de Westfalia, debieron formar parte de la Confederación del Rin, extendida hasta el Vistula de tal modo. A la verdad no habia acumular mas contrasentidos. Una Alemania bajo un emperador francés, comprendiendo un reino francés, el de Westfalia, comprendiendo un ducado francés, el de Berg, conferido á Murat, comprendiendo la Sajonia engrandecida sin haberlo solicitado, y á medio restaurar la Polonia, no comprendiendo ni a Prusia medio destruida, ni á Austria á la cual acababa de desconsolar la extensión prometida á Rusia sobre el Danubio, á las dos extremidades de esta Alemania tan poco alemana, dos emperadores, uno de Rusia, otro de Francia, prometiéndose una amistad inviolable, con tal de que cada uno de ellos dejara hacer al otro lo que fuera de su agrado, y guardándose muy bien de entrar en explicaciones por temor de no resultar de acuerdo, uno especialmente soñando con marchar sobre Constantinopla donde su aliado no queria que fuese, otro habiéndose comenzado á erigir una Polonia á la que no querria su aliado que diera cima; por último, ya fuera de este caos, Inglaterra paseándose en torno de los dos imperios con cien navios y doscientas fragatas, Inglaterra implacable y resuelta á acelerar la ruina de este extravagante edificio; tal fué el sistema llamado de Tilsit, y dado al día siguiente de la ja-

mortal victoria de Friedland. Qué fruto político de tan magnífico triunfo militar? ¿omlos á sí? ¿no? Sin duda, y si en medio del torrente que le arrastraba de esta suerte Napoleón fuera capaz de haber alto y de entrar en reflexiones, después de Friedland pudiera aun mejor que después de Austerlitz tornar de un solo golpe á una excelente política del consultado, completada y á las par consolidada, y sin tener mas que un inconveniente, el de haberse engrandecido en demasía. El continente, que ya de Austerlitz se podía considerar como vendido, lo estaba de un modo definitivo y sin apelación en Friedland. Ya no existía el ejército de Federico el Grande, citado de continuo para picar el orgullo del vencedor de Marengo y de Austerlitz. Ya estaban superadas las distancias que protegían á Rusia como protegen el estrecho de Calais á Inglaterra. Ya no había ninguna resistencia imaginable sobre el continente. Desde la altura de su omnipotencia podía Napoleón restaurar á Prusia como si no hubiera sido vencida, destituyéndola de todos sus Estados menos el Hanover, consagrado á pagar la paz marítima. A este precio se conquistaría todos los corazones prusianos, hasta el de la reina, hasta el de Blücher, y desde entonces fuera la Prusia una sólida aliada, porque después de la batalla de Jena, después del acto de generosidad que se hubiera seguido, no había sugestión inglesa, rusa ó austríaca que pudiera penetrar en sus oídos ó en su corazón. Bajo esta hipótesis nada pediría Napoleón á Alejandro, si no es que sufriera por castigo de su derrota que las provincias dancubianas pasasen al Austria. Compensada esta potencia de tal suerte se hubiera casi tranquilizado.

Finalmente, si Napoleón aspirara á llevar la preponderancia á colmo, pudiera reconstituir la Alemania, confederándola en torno de Prusia y del Austria, hábilmente contrapuestas una por otra, y á falta de este gran esfuerzo de razón, consecutando la ridícula Confederación del Rhin, si pudiera nos hacer nuevas victimas entre dos príncipes alemanes; por donar, por ejemplo, al elector de Hesse, y permitir que Prusia se confederara en torno suyo la Alemania del Norte. A esta condición figurara Napoleón como verdadero señor del continente, y aislada á fin la Inglaterra, del todo le demandara la paz á toda costa. Mas harto reconocemos que éste es un sueño. No se hace alto en medio de tales arfanques. Atrebatado Napoleón á metted de los sucesos y de sus pasiones, derrocando al Estado tras otro, ayudándolo y rompiendo sucesivamente las alianzas, fué hasta las márgenes del Niemen á recoger la alianza rusa, de entre dos lodazales de la Polonia, y voltió con la cabeza ebria de orgullo, de ambición, de gloria, dejando detrás de sí la Prusia, la Alemania, el Austria desesperadas, creyendo imponerlas con la alianza de Rusia, á la cual preparaba una Polonia á la cual no se maldan ni Constantinopla, ni aun Bucharest y Yassi. Si se nos pregunta cómo combaten eminente genio helicoso y aun político se llegan á cometer tamaños errores, nos otros preguntáremos cómo aun tantos talentos y sentimientos generosos llegó á la revolución francesa á las locuras sanguinarias de 1793, y diremos que todo esto emana de dar de mano á la razón, para abandonar á las pasiones. Sin embargo, respecto de Napoleón, hay una excusa de menos, porque un hombre debería ser mas fácil de contener que la

multitud. Desgraciadamente lo prueba el ejemplo de un hombre arrastrado por el orgullo, o por la ambición por el sentimiento de la victoria, no se sabe dominar mas que la muchedumbre.

A la vuelta de Tilsit representose una comedia según el reparto anterior de papeles. Forzadas Rusia, Prusia, y Austria se unieron a Francia para declarar a Inglaterra, que si no prestaba oídos a la voz de sus antiguos aliados y rechazaba la paz, se le haria una guerra general y encarnizada, o se le brentaba una guerra comercial con la clausura de los puertos del continente. Y en efecto, si se le dirigiera esta declaracion en nombre de la Prusia restablecida por la generosidad de Napoleon, debb Austria consolada por su politica, y de la Rusia disgustada por consecuencia de repetidas derrotas de guerras por otro, al cabo se rindiera Inglaterra. Mas rióse de una declaracion arrancada a unos por la fuerza, a otros por una combinacion efimera, y arrojó altivamente las amenazas de esta pretendida coalicion europea. Sin embargo, á la sazón fugia cuando el bloqueo continental habia principiado, Inglaterra habia puesto como en entredicho al continente. Napoleon puso en entredicho al mar, asomturó cerrando todos los puertos europeos a Inglaterra, como á cuantos se hubieran sometido a sus leyes marítimas. De todo lo que en esta campaña habia imaginado, esto era lo de mayor fuerza y malicia y eficacia. Mantenido este entredicho durante algunos años, verosimilmente adjudicera á los ingleses la Inglaterra. Por desgracia el bloqueo continuo tal, debió fomentar la exasperacion de dos pueblos obligados á plegarse á las exigencias de un tercero, y el mismo Napoleon iba á proporcionar

un trasarcimiento inmenso a Inglaterra. Cuando mandaba las colonias españolas, obertaria y mod na. Una de las causas que habian precipitado esta resolucion de Napoleon en Tilsit era la de España. Sobre el trono de Felipe V se mantenían los Borbones. Natural era que en el imperio de su ambicion traxera a Napoleon de hacerlo suyo. Después de haber trono de Francia era el más magnífico para ponerlo en manos de los Bonapartes, y el complemento básico indicado del imperio de Occidente. Esta grande imperio señor feudal de Nápoles, de Italia, de Suiza, de Alemania, de Holanda, y también de la barba señor feudal de España, no tenía mas que desear que la sumisión de los pueblos a esta grande ganitudo edificio. Pero no era fácil de hallar el pretexto para una guerra semejante. Entre el número de los actos poco dignos que desustraban entonces a la familia de España, se podía contar su fidelidad a Napoleon. El bueno de Carlos IV manifestaba su admiracion y su adhesion sin limites al héroe del siglo. Hasta la misma nacion española, entusiasmada del primer consul elevado a emperador, parecia como que solicitaba sus consejos para seguirlo. ¿Cómo corresponden a tales gentes con la guerra? Ademas más habia en España un pueblo ardiente, orgulloso, soberbio, capaz de una resistencia imprevista, y que que pudiera muy bien ser difícil de domar. Asi que pues, se hallaban graves dificultades bajo la apariencia de impotencia de la corte de España. Quizá sin embargo tener esperansa hallara la solución en la corrupción misma de la corte de Aranjuez. Un rey de hombre que bien pero de una debilidad y de una incapacidad extremadas, y tales cosas se ven fácilmente a la extincion de las razas, un desatentado



favorito desahmándole á su soberano; un mal hijo deseando apróvechar estos desórdenes para antes que por su sucesión al trono una nación indignada y dispuesta á todo para librarse de los especáculos tan odiosos, sin duda ofrecían eventualidades propicias á un vecino ambicioso y omnipotente. Posible era que se abismara en el suyo misma corrupción la corte de España y perdiera á un bey en Napoleón. Ya se le había pedido una reina para ser esposa de Fernando, y se había puesto á su disposición este medio no tan directo de enlazar la España al imperio. Pero Napoleón nada quería indirecto ni diferido. En otra y al punto quería la corona de España. Una serie de medios imaginó que le fueron á parir en un levantamiento universal del norte de España suprátilo ya había invadido á Portugal bajo pretexto de ceñirlo á Inglaterra, y de resultas huyóse al Brasil la familia de Braganza. Esto fué un preyo de luz para su mente; pues echó el plan de acumular tropas sobre el camino de Lisboa, con tendencia á tomar el camino de Madrid, para asustar á los Borbones y hacerlos que huyeran para detenerlos después en Cádiz. Gracias á esta maquinación iba la corte de España á emprender la fuga y á salir bien tratada, cuando indignado el pueblo español cortó á Aránjuez y impidió la partida en su punto de degollar al Godoy y proclamar á Fernando VIII que aceptó la corona arrancada de su padre. Hallándose Napoleón en este acífonse se realizó un nuevo temerario chigarse del otro; que el pueblo de Aránjuez acababa de privarle á trajo al padre y al hijo á Bayona y los puso uno frente de otro. El padre levantó su bastón para pegar al hijo delante de Napoleón quien prorumpió en gritos de indignación, supuso que se le había faltado al respeto, hizo abdicar al padre por incapacidad, al hijo por indignidad, y á la faz de Europa sublevada ante este espectáculo, de España confundida y furiosa, se atrevió á ceñir la corona de Felipe VI á las sienes de su hermano José y tras pasó la corona de Nápoles á la cabeza de bit y ambiciosa de infeliz Murat. Así empezó esta fatal guerra de España, que por espacio de seis años enteros consumió los mejores ejércitos de Francia y preparó un campo de batalla inexpugnable á los ingleses. Salas obispos así en

Cometida esta última falta se precipitaron las consecuencias. Napoleón creyó que ochenta mil consoritos y algunos oficiales bastarían para hacer que entraran en razón los españoles. Pero bajo tal clima, en presencia de una insurrección popular que no se podía vencer con masas hábilmente manejadas, y que no se podía avasallar sin una fuerza de combates muy obstinados y de todos los días, no eran consoritos los que hacían al caso. Bailen fué el primer castigo de un error militar y de un criminal atentado político. Este primer acto de resistencia al grande imperio conmovió á la Europa, y restituyó la esperanza á dos coronas de rey rotas por el odio. Pasado Napoleón del movimiento patente de los ánimos desde Sevilla hasta Kenigsberg, plantó á su aliado Alejandro á Erfurt, para entenderse con él, y entonces vióse obligado á salir de la vaguedad de sus magníficas y promesas. De ella salió con ofrecer las provincias danubianas. Esto era demasiado; mil veces excesivo; pues equivalía á poner á Rusia á las puertas mismas de Constantinopla. Alejandro, que con Constantinopla había soñado la parenté quedó satisfecho y porque ante